



**Historias para hablar con
los niños sobre sus derechos**



MaguaRED
Cultura y primera infancia en la web



Ministerio de Cultura

Carmen Inés Vásquez Camacho
Ministra de Cultura

Claudia Isabel Victoria Niño Izquierdo
Secretaria General

David Melo Torres
Viceministro

Guiomar Acevedo Gómez
Directora de Artes

Sandra Patricia Argel Raciny
Asesora Programa de Primera Infancia

Marcela Benavides Estévez
**Coordinadora Estrategia Digital de Cultura
y Primera Infancia Maguare y MaguaRED**

Universidad Nacional de Colombia

Dolly Montoya Castaño
Rectora

Fredy Fernando Chaparro Sanabria
Director Unimedios

Liseth Paola Sáyago Cortés
**Jefe Oficina de producción y realización
audiovisual Unimedios**

Lina Salas Ramírez
Idea original Cuentos Derechos

Sergio Roza Roa
Yuly Velasco
Diagramación

Claudia Patricia Bautista Arias
Redacción

Juan Sebastián Salazar
Mario Cubillos Peña
Corrección de estilo

Edna Katerine Moreno
Nibeth Duarte Camacho
Comité Editorial

Primera edición 2018

©Ministerio de Cultura

Material digital de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda prohibida su reproducción total o parcial con fines de lucro, por cualquier sistema o medio electrónico sin la autorización expresa para ello.

En el marco del convenio 158/18



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

• CUÉNTAME HISTORIAS EN LAS QUE ME PUEDA RECONOCER •

En noviembre de 1989 la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Convención de los Derechos del niño; desde entonces el concepto de infancia, que imperó en el mundo durante siglos, ha cambiado y hoy entendemos que niños y niñas son sujetos de derecho, personas capaces de tomar decisiones e incidir en sus propias vidas de acuerdo con la etapa de desarrollo en que se encuentran.

18 años después, cuando la Convención alcanza su mayoría de edad, la comunidad de educadores, familias y cuidadores de MaguaRED y Maguaré aceptó ser parte de un experimento que concluye con esta publicación: Cuentos Derechos. En las redes sociales de la Estrategia Digital de Cultura y Primera Infancia del Ministerio de Cultura se publicaron 12 cuentos para que los agentes educativos y familias hablaran de una manera sencilla con los niños sobre sus derechos. Los adultos que aceptaron la invitación le leyeron en voz alta a los niños cada uno de los cuentos y ellos, después, dieron vida a esas historias con las imágenes que ilustran esta cartilla. De esta manera, adultos y niños reflexionaron sobre cada uno de los derechos de la Convención sobre los Derechos del niño.

Cuentos Derechos está dividido en 12 cuentos –cada uno representa un derecho. Por ejemplo, el cuento Hortensia en el jardín habla sobre el derecho que tienen los niños y las niñas a ser cuidados, defendidos y protegidos. Después de cada cuento compartimos las experiencias que distintos adultos nos enviaron a partir de la narración a los niños y, en éstas, incluimos los dibujos que los niños pintaron a partir del cuento.

Esta publicación es una creación colectiva que queda a disposición de otros niños y de los adultos que comparten con ellos sus vidas para que sigan conociendo los derechos de la infancia, aplicándolos en la vida diaria.

Porque creemos que es posible aprovechar los beneficios de los entornos digitales para brindarles a los niños de Colombia y el mundo experiencias significativas que les permitan disfrutar a plenitud de este período determinante de la vida, agradecemos a todos los que hicieron posible construir juntos este documento.

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A SER CUIDADOS, DEFENDIDOS
— Y PROTEGIDOS —**

HORTENSIA EN EL JARDÍN



Hortensia nació en medio de un jardín lleno de flores. Allí, poco a poco, empezaba a ganar altura en su camino a ser una planta saludable, inteligente y buena moza.

Geranios, pensamientos, margaritas y hasta estiradas rosas rojas, con sus tallos llenos de espinas, convivían armónicamente en la fachada de una casa como cualquier otra. Había flores ancianas, llenas de experiencia y cuentos increíbles que Hortensia escuchaba atentamente, junto con sus amigos los clavellines y la suculenta que nació unos días después que ella. Había madres y padres diligentes que se pasaban los días enteros transformando la energía solar en nutrientes y las plantas más jóvenes los observaban con admiración y aprendían lo que podían sobre esa complicada labor de la que empezaban a ser parte.

Todas esas plantas convivían con cientos de insectos de muchos tipos que revoloteaban entre su follaje, husmeaban entre los pétalos de sus flores y, sin saberlo, transportaban las sustancias llenas de vida que hacían posible que nuevas hortensias, rosas, geranios, pensamientos, clavellinas, margaritas y suculentas fijaran sus raíces jóvenes en la tierra y extendieran sus tallos y hojas hacia la luz.

Aunque parecía una vida apacible a primera vista, varias historias de terror nutrían el repertorio de las plantas viejas: ellas narraban cuentos sobre temibles podadoras que arrasaron con muchas flores en un verano interminable o narraban cuentos sobre una terrible fumigación con pesticidas que acabó con la peor plaga de caracoles de la que se tiene memoria y, de paso, acabó con toda una generación perdida de plantas prometedoras.

Con solo escuchar una de esas historias Hortensia descubrió lo que significaba sentir miedo y sus temores se convirtieron en pesadillas. Muy pronto su mamá se dio cuenta de las ojeras de Hortensia y detuvo su fotosíntesis matutina para conversar con ella. Aunque sentía un poco de vergüenza por su cobardía, Hortensia se atrevió a preguntarle qué pasaría si volvieran los caracoles que destrozan las plantas o si una manada de conejos destruyera la verja, o si al niño de la casa vecina lo dejaran jugar con las flores una tarde entera o entrara la hiedra que todo lo cubre o si la lluvia cayera sin cesar hasta hundirlo todo.

Su madre, enternecida, tranquilizó a Hortensia, le acarició las hojas y le explicó que ella y su padre y todos sus tíos y tías, así como las plantas vecinas estaban ahí para darle sombra, para evitar que el viento la destruyera, para cuidarla y ayudarla a crecer. También le contó que, aunque en ese jardín todos eran seres vulnerables y habían pasado algunas cosas difíciles, los pasos de las plagas, las inclemencias del clima, los errores de los humanos y hasta el último intento que hizo un extraño roedor para entrar el mes anterior, les habían enseñado a estar organizados para que ella y sus amigos, los más pequeños, curiosos e inquietos, tuvieran la oportunidad de crecer y florecer.

Si alguno llegara a enfermarse ahí estaban las plantas medicinales para ayudarlo. Si ella o la clavellina traviesa fueran mordidas por la babosa los más grandes se ofrecerían para alimentar a esos seres horrorosos. Si se aproximara el filo de la podadora, los más grandes estirarían sus tallos y siempre buscarían la mejor forma de protegerlos.

Hortensia se fue quedando dormida, arrullada por la melodía de la voz de su mamá y, cuando estuvo profunda, sus padres hablaron con las plantas viejas.

Desde entonces, en ese jardín, las historias reales sobre el peligro, que tanto sirven para buscar soluciones a los problemas, se escriben para que las lean las plantas maduras y las niñas y niños. Hortensia, la suculenta y el clavellín escuchan de los viejos historias maravillosas sobre cómo los habitantes de ese jardín se convirtieron en la primera nación vegetal organizada, capaz de cuidar a todos sus habitantes, incluidas las plantas y hasta los insectos más pequeños.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“Benjamín tiene 2 años, por lo tanto estamos comenzando desde hace unos meses con la lectura de cuentos.

A él le gustó que haya flores en este cuento. A mi me gustó poder compartir esta actividad con él, de leerle y que él se exprese con colores, sobre todo porque es tan pequeño. Me llamó la atención los colores que eligió, el poder dibujar juntos, también, cuando terminé de leer.

Mi sugerencia para otros cuidadores es que si leen para niños pequeños les muestren unas 2 o 3 imágenes mientras se desarrolla la historia, ya que a veces cuando uno solo lee ellos se distraen.

¡Excelente actividad!”

Maia Jazmin Gavriliuc, mamá de Benjamín.



Dibujo de Benjamín, 2 años.

EXPERIENCIA 2

“Me pareció clave el momento del día que se eligió para hacer la actividad que fue de 7:00 am a 9:00 am, a esa hora los niños están con toda la disposición y la atención. Es distinta la manera en que se les presenta el libro, nosotros trabajamos con el libro álbum y la actividad permitió que ellos hicieran la construcción de la imagen a partir de la información previa sin que hubiese un referente a seguir; la actividad les gustó. Se evidencia que en la primera lectura hay mayor dedicación y más intención, en la segunda se perdió un poco la novedad. El cuento debe interpretarse a más voces caracterizando a los personajes y teniendo mucho contacto visual con los niños para que sigan la lectura. Resultó una actividad muy interesante en la medida en que llegaron personas externas al colegio a leer y eso causó expectativa y sorpresa porque no es siempre la profe Aleida la que lee.

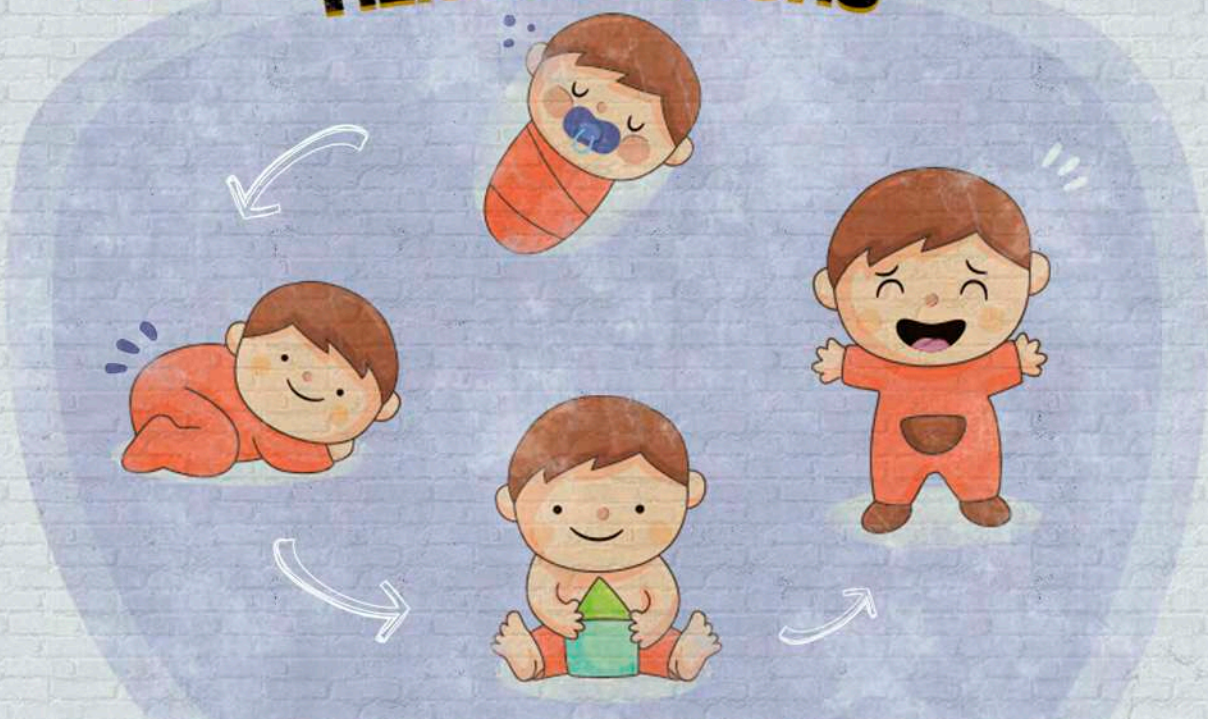
Los niños se divirtieron, participaron, siguieron la lectura, hicieron preguntas al final del cuento, lo que indica que LES GUSTÓ.

Muchos preguntaban qué podían dibujar, ya que algunos están acostumbrados a seguir la instrucción pero que haya sido una actividad libre permitió que dibujaran distintas cosas como la pesadilla o el miedo del personaje y no se quedaron en el dibujo de las flores. Aunque hay muchas flores propias y varias al final preguntaron por el nombre de las flores y sus colores”.

**Profesora Aleida Aguilera,
curso Peces espada (de 4 a 5 años)
Centro Educativo Libertad, CEL.**



**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A LA VIDA, LA SUPERVIVENCIA
— Y EL DESARROLLO —**

LA VOZ DE CARLOS EL RENACUAJO



Carlos el renacuajo sacudía su cola en una charca más o menos profunda mientras tarareaba la única canción que se sabía. Él avanzaba entre las estremecedoras corrientes que creaban animales más grandes. Algunos renacuajos susurraban admirados a su paso y una que otra renacuaja se atrevía a saludarlo, colorada de la pena, y decirle lo mucho que le gustaba su canto.

Carlos estaba satisfecho consigo mismo, con la redondez de su cabeza negra, con la elasticidad de su cola –su pequeño motor fuera de borda, que tanta potencia había ganado en los últimos días– y con su habilidad para estar siempre cerca de otros renacuajos que tanto lo admiraban por el tono de su voz.

De repente, algo en la parte baja de su cuerpo empezó a doler, su piel empezó a estirarse y algo incomprensible empezó a ocurrirle. Su voz empezó a cambiar, algunos de sus amigos se burlaron y Carlos se ocultó mientras una extraña forma emergía junto a su adorada cola. Estaba incómodo, no sabía cómo manejar esa nueva parte de él mismo que ahora colgaba de su costado izquierdo.

Ricardo, su amigo de toda la vida, lo encontró después de mucho buscarlo y no pudo ocultar su sorpresa al ver lo que le estaba ocurriendo. Se acercó y tocó esa cosa larga y dura, mucho más dura que sus colas, y le contó a Carlos que había oído muchos rumores sobre cosas parecidas que les pasaron a sus familiares antes de convertirse en ranas. Ninguno de los dos tenía claro cómo era posible dejar de ser lisos, redondos y hermosos como hasta ahora y pasar a ser como sus padres: ásperos, deformes y poco agradados.

Carlos regresó a su casa e intentó por todos los medios ocultar las novedades. Su madre, que no era tonta y de tanto vivir tenía una especie de visión de rayos X, notó de inmediato que algo le estaba pasando y, por mucho que Carlos intentó hablar de frente con ella para que no lo viera de lado, ella encontró su pata. Emocionadísima, le tomó una foto y se la envió con su celular al padre de Carlos, ¡su hijo estaba dejando de ser un niño!

Había llegado el momento de contarle la verdad sobre la metamorfosis, ese proceso por el que pasan todas las ranas y en el que su familia y todas las demás ranas de la charca estaban dispuestos a colaborar. Con la ayuda de un gran libro y la orientación del sapo médico y sabio que se ocupaba de estos casos, Carlos y su madre contemplaron hermosos dibujos que mostraban huevos redondos que pasaban a ser renacuajos como sus amigos, detalles de patas traseras como la que estaba estrenando, perfiles de patas delanteras como las que pronto tendría a los lados de la espalda y finalmente imágenes de adultos como su padre, su madre y el sapo sabio.

Carlos estaba sorprendido y le preguntó a su mamá lo que esperaba que hiciera. Ella le respondió: “¡Eres libre de ser lo que tú quieras!”. A lo que él, en vista de la oportunidad que se le presentaba, respondió que quería ser cantante. Sus padres lo apoyaron, aunque hubieran preferido que fuera abogado, lo inscribieron en el conservatorio, el gobierno de la charca financió sus estudios en el extranjero, los monjes sapistas le ofrecieron su orientación espiritual; orientación que Carlos rechazó porque la música se había convertido en su única fe, una creencia poderosa que lo llevó a ganarse muchos discos de oro y de platino gracias al increíble éxito de “Croando”, su primer disco de larga duración.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

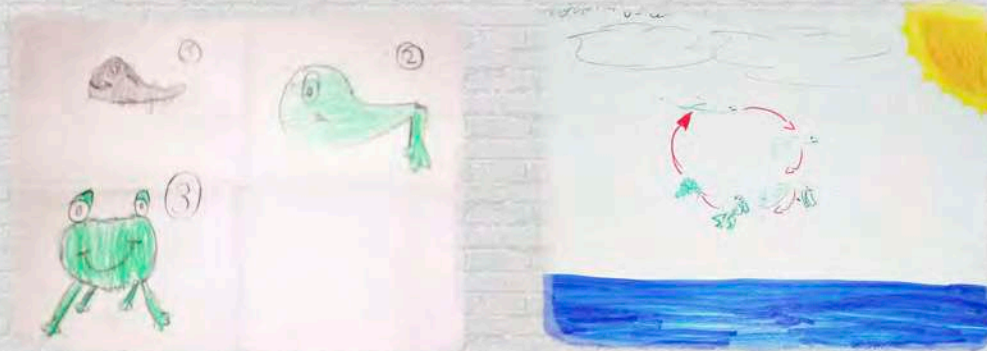
EXPERIENCIA 1

“Trabajamos con un grupo de 24 niños de 7 a 12 años. A modo de preparación, al principio hicimos un ejercicio de relajación para conectar la energía y propiciar la concentración. Dispuestos a la lectura, leímos el cuento del renacuajo que se convirtió en sapo, a partir de esto hablamos sobre el derecho a crecer libremente, el derecho a la vida, la supervivencia y el desarrollo.

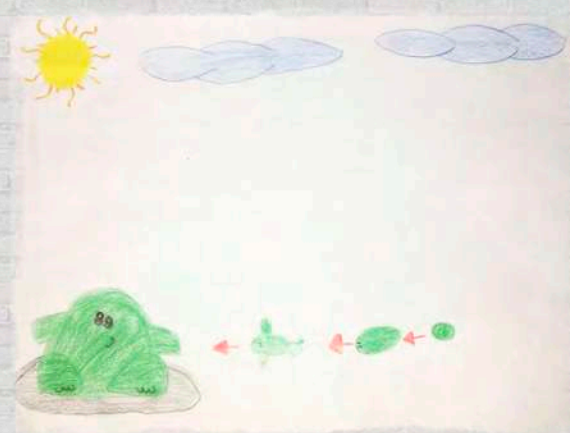
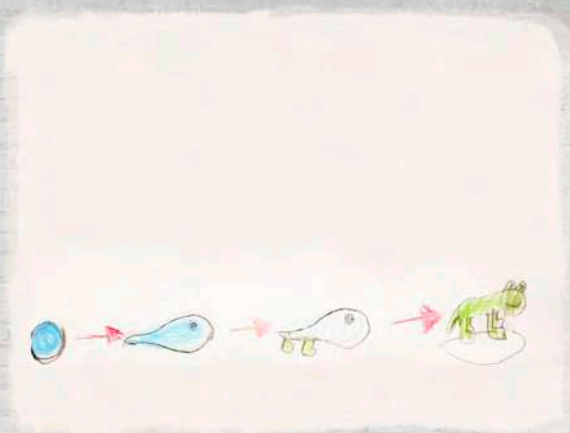
Hicimos la lectura, fue una lectura cómoda para leer, se prestaba para hacer interpretación en la medida que se iba leyendo. A los niños les llamó mucho la atención esa parte de la transformación. La mayoría hizo el proceso de la metamorfosis del renacuajo en sapo y los testimonios que daban durante la actividad como de aprendizaje, era sobre el respeto; incluso algunos compartieron lo que ellos querían ser cuando grandes, también hablaron de escuchar al otro, y en los dibujos, además de la metamorfosis, representaron el amor por la naturaleza. El hecho de que la lectura parta de la hoja en blanco da para que ellos sean quienes generen la creatividad sobre el dibujo.

Los niños se detenían a ver si había un dibujo detrás de la hoja, pero esta fue otra opción para dar pie para la imaginación”.

Sandra Victoria Venegas Duque, Promotora de lectura y de creación literaria.
Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede La Calera



Dibujos de los niños de 7 a 12 años en la Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede La Calera.



Dibujos de los niños de 7 a 12 años en la Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede La Calera.

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 2

“Compartimos una experiencia divertida en la que surgieron algunas preguntas como: ¿qué es un derecho? ¿Cuáles son mis derechos? ¿Cuál es el derecho que tiene el renacuajo al crecer? Debemos permitir a nuestros niños explorar y descubrir su cuerpo haciendo un trabajo de educación paralelo, tanto en los hogares como en las instituciones educativas. Dejarlos elegir sus sueños y abordarlos a través de preguntas como ¿qué quieren ser cuando grandes? y sobre todo escucharlos y observarlos con amor para identificar sus aptitudes para la vida”.

Angélica Losada, mamá de Isabella (7)



Dibujo de Isabella Quiroga, 7 años.

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A UN NOMBRE Y
NACIONALIDAD**

LA VOLQUETA SIN NOMBRE



Pintura de Santiago, 2 años.

En la caja de juguetes todos eran diferentes y, de tanto estar juntos, habían aprendido a vivir en un lugar sorprendente: tan pequeño que nadie sospecharía el tamaño del universo que encierra en su interior. Cada uno de sus habitantes traía consigo historias y recuerdos de los lugares que los vieron nacer y todos los miércoles por la mañana, cuando los niños de la casa estaban en la escuela, extraños sonidos provenientes de la caja de plástico despertaban al perro y lo obligaban a cambiar de lugar para continuar con su siesta.

Eran las voces de los habitantes de la caja, imperceptibles para los humanos e incomprensibles para las mascotas; voces de juguetes con iniciativa y ganas de entender el mundo, que se habían organizado para contar cosas sobre su pasado.

Cada quien preparaba su cuento con anticipación, juntando lo mejor de sus recuerdos y de lo que había oído sobre la vida en su tierra natal. Julieta, la muñeca de trapo mexicana, había dejado a todo el mundo boquiabierto con historias sobre antiguas pirámides que construyeron gentes muy sabias. Rodolfo, el carro rojo de colección, habló con demasiados detalles sobre la industria automotriz de Japón, pero el público no reaccionó como él hubiera esperado. En la siguiente sesión Rodolfo dejó a todos boquiabiertos porque habló sobre hermosos objetos hechos con papel doblado que adornan casas y oficinas en la isla de donde vino.

Casi siempre hablaban los mismos, no porque los otros no tuvieran pasado o historias para contar, sino porque también había juguetes tímidos que preferían escuchar y dejar volar su imaginación escuchando a los demás. Pero ese no era el caso de la vieja volqueta de madera que moría de ganas por saber de dónde había venido. Es cierto que recordaba algunas cosas de su pasado, pero llevaba varias semanas pidiéndole a Benjamín, el espejo de plástico irrompible, que le ayudara a mirarse para encontrar su etiqueta y, por mucho

que cambiaban el ángulo, la potencia y la distancia de la luz, nada que la encontraban. La volqueta no sabía de dónde era y lo peor es que tampoco tenía claro cómo se llamaba. Todos le decían volqueta, a secas.

Pues Volqueta recordaba con mucha alegría el día en que el papá de los niños de esta casa la recogió en una arenera en la que, al parecer, llevaba varios días abandonada. De ahí para atrás todo era difuso, era como si ese doloroso momento en que sus antiguos dueños la dejaron botada le hubiera borrado la memoria.

Aunque Volqueta hubiera preferido que nadie se enterara, tuvo que explicarle a Miranda, la peinilla, por qué pasaba tanto tiempo con el espejo y ella, que sí conversaba con todas las muñecas a las que peinaba, las fue convenciendo de lo mucho que Volqueta las necesitaba.

Por extraño que parezca, esta volqueta fue invitada a jugar con las muñecas y, después de peinarle el techo y pulirle las ventanas, se fueron turnando para dar una vuelta montadas en su espalda. Entre tanto, conversaban.

Volqueta, que nunca había tenido oportunidad de hablar tanto, estuvo contándoles que había oído historias sobre un muro amarillo, que había visto palacios con techos curvos y que su más valioso recuerdo era la hermosa sonrisa de un hombre viejo de ojos pequeñitos que la observaba satisfecho mientras lijaba su parte delantera. Las muñecas tomaron atenta nota de los detalles y durante toda la semana conversaron con sus contactos dentro de la caja hasta encontrar a los paisanos de la volqueta.

Fue así como el siguiente miércoles Silvia, la bebé de plástico; Miguel, el cocodrilo de cuerda; y Esteban, el piano de pilas, pidieron el turno para contar juntos una historia. Hubo mucha sorpresa porque eran de los tímidos que nunca habían hablado, así que todos los escucharon con atención.

Los tres combinaron sus recuerdos y hablaron de palacios habitados por familias de emperadores, de la construcción de una muralla que se ve desde la luna y también hablaron sobre reptiles voladores capaces de expulsar fuego por la boca.

Miranda y Benjamín observaban atentamente a Volqueta, que lentamente se fue acercando. Su cuerpo se estremecía con cada palabra y las muñecas sonreían. La cabeza de Volqueta se fue llenando poco a poco de hermosas imágenes y Silvia, Miguel y Esteban podían notarlo en su sonrisa. Entonces la invitaron a contar su historia. Ella, con la voz entrecortada, les dio las gracias a todos por devolverle sus recuerdos y les contó la vida del viejo Shaoran, el artesano chino que la talló cuando tenía 82 años.

Ahora todos los juguetes saben que tienen el honor de convivir con Mu Ming, Volqueta, la única e irremplazable volqueta de madera brillante de la China a la que no le interesa recordar cómo alguien tan especial llegó a estar tirada en una arenera.

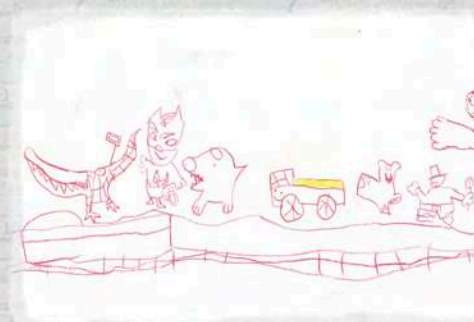
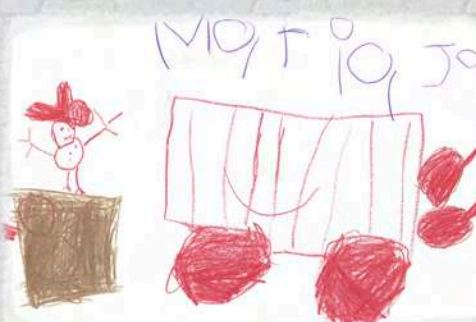
- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“Fue una actividad muy chévere, una experiencia muy bonita para ellos. La lectura del cuento podría ser con imágenes, siempre hay que narrar de forma más llamativa. Lo oral puede irse muy rápido. Ellos se quedaron con cosas muy puntuales: la flor, la volqueta siempre hay que dinamizar este tipo de lecturas con otros elementos”.

Carolina Torres, profesora del Nivel 5: Osos Polares en el Centro Educativo Libertad.



EXPERIENCIA 2

“Les cuento que con anticipación grabé el cuento con música, forré la caja y luego sí dibujamos, o bueno, Santiago lo trató de hacer jajajaja...”

Mi hijo mayor, Emmanuel, de 9 años, dijo del cuento que los juguetes sí tienen sentimientos y que todos deben tener un nombre. Por eso como niños deben ponerle nombres a los muñecos para que no estén tristes y jugar mucho con ellos para que tengan historias para contar.



Pintura de Santiago, 2 años.

Santiago, de 2 años, por su condición de niño dentro del espectro autista, es no verbal, pero por sus caritas y la manera como toma sus juguetes (sintiéndolos con su boca) puedo interpretar que aunque no juegue con ellos sí son parte de su experiencia de aprendizaje. Él no tiene juego simbólico pero aún así yo hago que todos juguemos y mi niño hermoso siempre sonríe.

Sobre lo que percibí al realizar la experiencia con mis niños, puedo decir varias cosas: a veces como papás queremos que nuestros niños realicen el dibujo en relación con lo que escuchan, pues para sorpresa mía, Emmanuelito no lo hizo y lógico Santi no prestó más de 10 segundos de atención, pero luego de la grabación y hablando con mis niños sobre los derechos de los niños, Emmanuel expresó lo siguiente:

“Los niños deben tener derecho a ser diferentes, a ir de un lugar a otro y comportarse como son, sin que nadie los mire, tienen derecho a que en los colegios los profes los entiendan y no piensen que por preguntar son raros...”

Ahora explico su respuesta: cuando él menciona que los niños deben tener derecho a ser diferentes, a ir de un lugar a otro y comportarse como son, sin que nadie los mire, lo dice por su hermanito; su situación genera que muchas personas en momentos lo miren mucho. Y cuando habla sobre lo de preguntar es porque una profe en el colegio le expresó que acaso que tenía para preguntar tanto... Y yo me desarmo ante las respuestas, ante los cuestionamientos, pero pienso al igual que él que TODOS tenemos la obligación de dejar a los niños ser niños, permitirles que pregunten, de despedir a nuestros hijos cuando se van al colegio invitándolos a preguntar todo lo que deseen. Por lo menos yo hago eso con Emmanuel todos los días, no hay mejor aprendizaje que el que surge de las preguntas. El tiempo que cada cuidador dedica a sus niños en actividades como las ofrecidas por ustedes son maravillosas; invitar a repensarnos como padres responsables frente al qué comunicar en un cuento y todo lo que puede nacer de tal espacio es sin duda algo que se debe hacer en el diario de nuestros hogares. Les dejo mi agradecimiento y un enlace de video que muestra nuestra experiencia con el cuento de La volqueta sin nombre”

Claudia Ávila, mamá de Emanuel (9) y Santiago (2).

**MULTIMEDIA / Para abrir clic derecho en el link y clic en "Abrir vínculo en la pestaña nueva":
<https://www.youtube.com/watch?v=lrVxTMtHMgA>**

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A VIVIR CON SU
FAMILIA**

UNA NUBE BLANCA EN EL HOGAR



Dibujos de los niños del Nivel 6 en el Centro Educativo Libertad - CEL.

Lo primero que Mateo recordaba era una sábana blanca, inflada por el viento, como una inmensa nube que atravesaba el patio trasero de la casa en que creció junto a su abuela, su mamá y sus dos hermanos. Cuando era un cachorro muy pequeño pasaba las horas de vigilia entre ese patio y la cocina cubierta del hollín que despedía la estufa de leña. Podía pasar horas contemplando sus paredes adornadas con ollas y platos relucientes que colgaban de múltiples ganchos; tal vez por eso le gustaba tanto oler y tocar telas y latas, jugar con ellas, arrastrarlas y hasta morderlas –cosa que le causaba problemas cada vez que su mamá lo encontraba saltando para alcanzar la ropa que se estaba secando o para tumbar las olletas. Su abuela, en cambio, era muy comprensiva, hasta un poco alcahueta y escondía en su cama, sin que su hija lo supiera, un calcetín de toalla y una pañoleta de seda que misteriosamente desaparecieron de las cuerdas del patio.

Mateo era feliz corriendo y ladrando por toda la casa, acompañando el vaivén de la escoba y el traperero los sábados en la mañana durante las brigadas de aseo. Observando la forma en que crecían las plantas medicinales, los tomates, las espinacas y las acelgas en la huerta que su abuela cuidaba con gran recelo y atrapando los ovillos de lana o de hilo que accidentalmente caían al suelo en las largas tardes de tejido con ganchillo.

Para hacer breve este cuento: Mateo era un perrito feliz... Hasta que una tarde entró en la casa un hombre que dejó en la puerta sus botas pantaneras junto a una caja de cartón. Mateo escuchó su voz grave sin comprender lo que decía y sintió mucho miedo cuando su madre y su abuela empezaron a ladrar en voz baja. La dueña de la casa contempló al cachorro y a su familia con ternura y un poco de resignación. El cuerpo de Mateo empezó a temblar.

El hombre de las botas y la dueña de la casa se acercaron a la cama de la abuela, ella y la mamá de Mateo ladraron con fuerza para impedir que se la llevaran; eran animales nobles y leales, por eso nadie mordió a la dueña de la casa cuando introdujo su mano entre las cobijas de la cama. Era terrible, pero al parecer era el destino de todos los perros. Silvia, la dueña de la casa, miró a Mateo a los ojos y no pudo evitar que una lágrima rodara por su rostro. Le dio un beso. Segundos más tarde el perrito chillaba, muerto de miedo, mientras pasaba por varias manos humanas y lo depositaban en la caja que fue su transporte hacia la que le presentaron como su nueva casa, una que no le gustaba.

Todo habría sido muy distinto si lo hubieran acompañado su mamá o su abuela, o si al menos lo hubieran dejado crecer otro poco. El dueño de la nueva casa planeaba convertirlo en un perro guardián y estuvo tratando de enseñarle cómo morder a los intrusos, ladrarle a los desconocidos y atacar a otros animales. Pero Mateo había aprendido todo lo que sabía del mundo con su madre y su abuela y por eso era tan noble y leal como ellas; le batía la cola a todos los visitantes, se frotaba contra las piernas de los que cruzaban la cerca y hasta escondía en su caja a un ratón que encontró debajo de una cama. Su nuevo dueño, que era un tipo muy práctico, notó rápidamente que ese cachorro nunca iba a servir para lo que necesitaba y, resignado, habló por teléfono con su antigua dueña antes de llevarlo de vuelta a su casa.

Los ojos de su mamá y su abuela se llenaron de lágrimas cuando lo vieron llegar, parecía que ellas y sus hermanos iban a quebrar sus cinturas con semejante batir de colas. Mateo gimió, ladró, se revolcó y lamió a todos los que se atravesaron en su camino: a ese hombre noble que supo comprenderlo, a su mamá, a su abuela y hasta a su hermano insoportable.

Tuvieron suerte: la dueña de la casa rompió en llanto al verlos juntos a todos de nuevo y decidió conservar la camada, sin importar lo que le costara. Por eso Mateo y sus dos hermanos crecieron felices en esa casa, aprendiendo de su mamá y su abuela todo lo que los perros deben saber sobre la vida. Se convirtieron en perros tan comprensivos que hoy son recordados por haber sido los primeros egresados de la escuela de entrenamiento de perros guía para ciegos que fundó a finales del siglo pasado Silvia, la humana que supo entender lo mucho que ellos, como todos los cachorros del mundo, necesitaban estar con su familia.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1



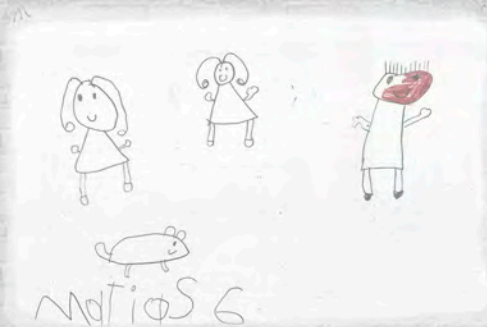
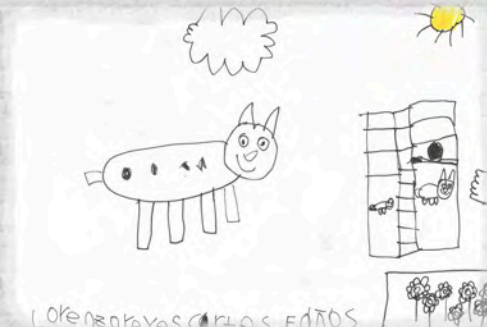
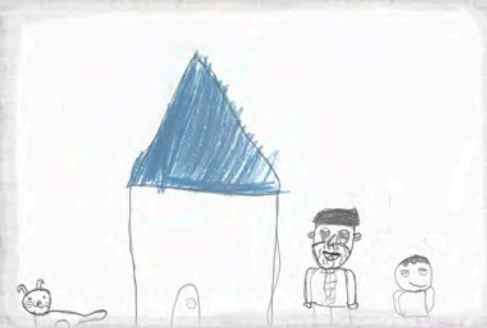
Dibujos de los niños y niñas de la Escuela Normal Superior de Oiba, Santander

“En la Escuela Normal Superior de Oiba, Santander, trabajamos hace nueve años nuestro proyecto profesional "Semillas de Grandeza", que nació de la necesidad de respetar los procesos naturales de los niños para devolver el sentido a esta etapa trascendental del ser humano.

La propuesta de #CuentosDerechos ha sido muy linda y significativa para nuestra misión. Con un grupo de 21 niños leímos varios cuentos, entre estos el Derecho a vivir con su familia y los invitamos a realizar sus creaciones tanto de manera individual como en grupo. A los niños y niñas les encantó dibujar a sus personajes y contaron situaciones de su propia vida al escuchar los cuentos. Al salir a vacaciones compartimos la actividad con las familias, aprovechando las diversas maneras que ahora tenemos para comunicarnos, los invitamos a continuar jugando y creando en casa para reconocer sus derechos”.

Profesora Mariela Bohórquez Pérez, Escuela Normal Superior de Oiba, Santander

EXPERIENCIA 2



Dibujos de los niños del Nivel 6 en el Centro Educativo Libertad - CEL.



Dibujos de los niños del Nivel 6 en el Centro Educativo Libertad - CEL.

“Es importante poder contar con espacios de lectura que están anclados con programas como Maguaré y Maguared, de quienes no tenía conocimiento. Los cuentos fueron adecuados para los niños, los entendieron e hicieron después el dibujo.

A futuro se puede trabajar la literatura desde la imagen, ya que en la primera infancia se captura así más la atención”.

Carolina Montoya Mogollón, profesora del Nivel 6 en el Centro Educativo Libertad - CEL

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



— A LA LIBERTAD —

¡UN GRAN SALTO!

Carlota había nacido ciega, sorda y sin pelo, tal como llegan al mundo todos los canguros. Había trepado con sus poderosas manos de recién nacida por el vientre peludo de su mamá, siguiendo el rastro que ella dejó con su saliva, tal como lo habían hecho desde tiempos remotos todos sus parientes. Había entrado como pudo en la bolsa donde encontró la fuente de leche tibia que tanto le sirvió para calmar su hambre y sus temores. Allí permaneció instalada en el marsupio de su madre durante los ocho meses reglamentarios, concentrada en crecer, fortaleciendo sus patas traseras y su columna vertebral, acicalándose los pelos que le fueron creciendo, preparando sus ojos y oídos para enfrentarse al universo que se imaginaba, del que tenía vagas ideas construidas a partir de los sonidos que cada vez percibía con mayor precisión y de las ráfagas de luz que entraban cada vez que su mamá se asomaba para ver cómo estaba.

Afuera, su hermano Rodolfo conversaba con su madre mientras ella le enseñaba lo fundamental: principios del salto de canguro, cómo emplear la cola para mantener el equilibrio en carrera, qué hierbas morder, cuáles evitar y cómo mantenerse distante de los humanos en la llanura.

Carlota, que era muy inteligente desde chiquita, iba registrando todo lo que su mamá le explicaba a Rodolfo y planeaba sorprenderla cuando estuviera allá afuera, demostrarle que había comprendido un montón de cosas con solo escucharla.

Pasaron los meses y Rodolfo estaba casi listo para dejarlas e ir en busca de una novia y explorar el mundo; Carlota contaba los días y las horas. Y entonces ocurrió el accidente:

Rodolfo se quebró una pata y la cola en el camino de las rocas y su mamá, que era muy buena y gozaba de gran reputación entre las canguros por no haber dejado nunca abandonada a una de sus crías, decidió cuidarlo hasta que se recuperara y por eso la estadía de Carlota en el marsupio tuvo que prolongarse. Su mamá tuvo que repartir su tiempo entre los cuidados a Rodolfo y su estrategia para avanzar en la educación de Carlota.

Fue así como la pequeña canguro escuchó lo que su madre quiso contarle. Le habló sobre la ruta corta para atravesar el desierto, la deliciosa hierba verde que se podía encontrar cruzando la llanura, las rocas que escondían arbustos cargados de frutillas al comienzo del verano, le habló de los ríos y pozos en que podría tomar agua, de otros animales, los de temer y los confiables, de los atardeceres de soles naranja, de las precauciones que debería tener cuando saliera para evitar que pasara algo... ¡Y Carlota cada vez tenía más ganas de estrenar el mundo!

Pero a mamá no le parecía conveniente, temía que no pudiera defender a dos crías de los depredadores, que descuidara la formación de Carlota por estar atendiendo a Rodolfo o que la pequeña se accidentara como su hermano mayor.

De nada sirvieron los ruegos de Carlota, lo máximo que logró fue asomar su cabeza por la abertura de la bolsa en un momento de distracción de su madre. La intensa luz del sol la deslumbró, un fuerte olor a tierra húmeda penetró en su nariz y el canto nítido de un pájaro se instaló en su cabeza.

Después de ese incidente Carlota intentó por todos los medios salir de la bolsa. Su madre llegó a perder la paciencia y a alzarle la voz en un par de ocasiones, ¿no se daba cuenta de que todo esto lo hacía por su bien y por el de su hermano? La pequeña cangura lo sabía, pero algo en su interior la impulsaba hacia afuera y el corazón de su madre supo entenderla cuando un buen día saltó y empezó a caminar mientras repetía en voz alta las instrucciones que su mamá le había dado a Rodolfo para usar la cola y mantener el equilibrio.

Conmovida por lo que vio y escuchó su mamá aceptó que saliera y explorara el mundo bajo su atenta mirada. Contempló con orgullo sus aprendizajes, se sorprendió con su primer salto alto, contuvo un grito cuando Carlota tropezó con una raíz y se golpeó la frente, sonrió satisfecha cuando la vio levantarse para continuar con su camino, se tragó sus palabras cuando pilló a la cría por una senda más segura para llegar al río y hasta lloró un poco de la emoción cuando le trajo frutillas de los arbustos para Rodolfo, que ya se había recuperado y estaba listo para dejarlas. En ese momento supo que sus hijos, cada uno en su medida, habían conquistado su derecho a ser libres de tomar pequeñas (o grandes) decisiones para sus vidas.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1



Dibujo de Marianita
Imaginación, 9 años.

“Creo que este cuento fue más un mensaje para mamá canguro (yo) que para Carlota (Marianita).

La sensación, después de una mañana agitada y sentarse a leer, es una gran terapia y un momento de descanso. El cuento es muy bonito. Cuando le digo a mi hijo que aún no puede hacer algo me recuerda que ha ganado su derecho a demostrarme que ya es capaz, aunque no siempre es así; también tenemos que confiar en las capacidades de nuestros hijos. Ni tensionar mucho la cuerda ni dejarla floja”.

Alejandra Acuña de Esquivel, mamá de Mariana (9)

EXPERIENCIA 2



Dibujo de los niños y niñas de la Escuela
Superior de Oiba, Santander.
Proyecto profesional Semillas de Grandeza.

“¡Este cuento fue fantástico! Iniciamos observando en video del nacimiento de un canguro, luego leímos el cuento y hubo manifestaciones como “¡Este cuento es el mejor!”. Y la gran conclusión: los niños podemos tomar pequeñas decisiones”.

Mariela Bohórquez Pérez, profesora de la Escuela Superior de Oiba, Santander.

EXPERIENCIA 3



Creaciones de los niños y niñas en la Biblioteca Comunitaria El Paraíso con Talleres Nómadas.

“Apreciados Maguared y Maguaré.

Somos Talleres Nómadas, un espacio de creación que pretende brindarle al público infantil algunas herramientas para que puedan descubrir por medio de ellos mismos el universo que los rodea. A través de la escritura, la lectura, el juego y la creación artística buscamos que los chicos que participan en nuestros talleres tengan una experiencia única y enriquecedora.

En esta ocasión trabajamos un sábado con niños de Facatativá, Cundinamarca, en la Biblioteca Comunitaria El Paraíso. Decidimos unirnos a la hermosa actividad #CuentosDerechos y trabajar el Derecho a la Libertad.

Lo primero que hicimos fue hacer algunas preguntas como ¿Dónde vive la Libertad?, ¿de qué color es la libertad?, ¿se puede comprar la libertad? y ¿qué es la libertad? Hallamos respuestas como que la libertad es de color rojo, debido a la sangre que han derramado los soldados; que la libertad habita en nuestra alma y corazón, que no se puede comprar la libertad; que ser libre es no tener que pedir permiso y que las cosas libres que conocen son el aire y Dios.

En nuestro segundo momento leímos la historia sugerida mientras los niños fueron creando una obra impulsados por su imaginación.

Finalmente plasmamos en un papel lo que queríamos ser y hacer más adelante, teniendo en cuenta que somos seres libres. Al final hicimos de ese deseo una grulla de origami, que volará tan alto como cada uno de sus anhelos”.

Nicolás Escobar, Talleres Nómadas.



Creaciones de los niños y niñas en la Biblioteca Comunitaria El Paraíso con Talleres Nómadas.

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



— A EXPRESARSE —

UNA OBRA MAESTRA

En la jaula reinaba el caos. Todos graznaban, chillaban, cacareaban, gorjeaban, trinaban, piaban, ululaban y hasta daban alaridos. Nadie quería estar ahí, venían todos de lugares diferentes y el espacio era muy estrecho para tantos pájaros. Los había de plumas rojas, verdes, amarillas y marrones. Algunos muy estirados, como el flamenco que batía sus alas rosa; otros muy pesados como la guacamaya que no paraba de moverse y de rascarse las plumas rotas; los había modestos como el periquito que intentaba buscarse un espacio entre una jacana y un loro de orejas negras y, en medio de ese escándalo Martín, un zunzuncito cubano, batía sus alas desesperadamente y volaba en tramos muy cortos, intentando ocupar el campo visual de los que parecían liderar el movimiento por la libertad de esta bandada de aves caídas en desgracia.

Martín, que era un colibrí muy pequeñito, había llegado a ese lugar hacía muy poco. Un par de semanas atrás cayó en la trampa que le tendieron los coleccionistas de aves exóticas. Lo habían transportado hasta esa jaula hacía dos días y, como todos, estaba desesperado con la situación.

Cuando llegó tuvo mucho tiempo para escuchar las quejas de todos sus compañeros de cautiverio, para saber que estaban ahí esperando el turno para que un ilustrador demente y despiadado los retratara; también supo que se iban a reunir esa mañana para planear cómo escapar de la prisión.

Martín, que era pequeñito y pasaba desapercibido para muchos de sus nuevos compañeros, no pudo participar de las animadas charlas en que varios grupos de aves diseñaban estrategias de fuga, pero como era un colibrí de armas tomar, se había pasado horas enteras revisando, centímetro a centímetro, las mallas de alambre con que estaban hechas las paredes de aquella cárcel. Por eso batía sus alas con mucha fuerza tratando de llamar la atención del único que parecía lograr que se silenciara aquella gritería por pequeños instantes: el búho; él, de vez en cuando, ululaba con su voz grave y gracias a su fama de pájaro sabio lograba que algo de lo que se intentaba proponer quedara registrado en su memoria, puesto que a él lo habían elegido para tomar la decisión final sobre lo que iban a hacer.

Pero además de sabio, el búho era bastante ciego y se estaba quedando sordo, de modo que solo lograba escuchar las propuestas de los que tenían voces agudas o muy potentes e ignoraba por completo el leve zumbido de las alas de Martín, que llevaba un buen rato tratando de decirlo: ¡Había descubierto un pequeño agujero en la trama de la jaula, solo necesitaba la ayuda de alguno más grande para forzar un alambre y salir!

Desesperado por no ser escuchado, Martín optó por rondar las orejas del búho, con la esperanza de captar su atención, pero tuvo la mala suerte de ser confundido con un molesto zancudo y estuvo a punto de morir aplastado por las inmensas plumas del anciano. Martín cayó al suelo impulsado por la ráfaga de viento que creó el batir de las alas del búho y ahí abajo se encontró con un pequeño cucarachero que ya se había resignado a su mala suerte y guardaba silencio, en el fondo de la jaula. Después de ayudarlo a incorporarse el cucarachero le sugirió calmarse, los pequeños como ellos no tenían posibilidades de participar en estas decisiones tan importantes. Martín, que no podía creer lo que escuchaba, le agradeció y le preguntó por qué creía semejante cosa. El cucarachero le señaló a todos los pequeños que estaban ahí, entre las patas de los grandes y le dijo que él no era el único que había llegado a esa conclusión.

Martín, que era un colibrí de armas tomar, conversó con todos y los condujo al agujero. Y fue así como el perico australiano, el gorrión, el cucarachero, un azulito de Senegal, un pico coral y Martín forzaron el alambre y pudieron salir de la jaula sin que las demás aves se dieran cuenta. Pensaron en huir de inmediato, pero eran aves amantes de la libertad. Por eso se ocultaron, observaron lo que hacían sus captores y esperaron a la noche. Cuando todos dormían, cantaron en coro su plan. Y lo hicieron desde afuera. En el interior de la jaula, nadie podía creer lo que escuchaban, era un plan perfecto pero... ¿Quiénes eran esos que cantaban?

Los pequeños volvieron a entrar por el agujero que habían usado para salir y con toda la información que recolectaron con sus ojos, oídos, alas y patitas les contaron a los demás el plan que convenció al búho, para el que muchos trabajaron, que algunos corrigieron y que, tres días más tarde, los condujo a todos a la libertad.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1



Dibujos de los niños del nivel 6 (Leones), en el Centro Educativo Libertad - CEL.

“Es importante que alguien guíe el proceso todo el tiempo. Los niños se ‘encarretaron’ con el cuento. Una moraleja al final vendría muy bien para que el tema de los derechos quede más claro. Ellos dibujaron lo que más les gustó de lo que leyeron, hay varias versiones de Martín el colibrí, el búho sabio o de los demás pájaros que hacen que se pregunten por las especies de aves que existen, sus nombres, sonidos, colores y lugares donde habitan”.

Carolina Manrique, profesora del nivel 6 (Leones), en el Centro Educativo Libertad - CEL.



Dibujos de los niños del nivel 6 (Leones), en el Centro Educativo Libertad - CEL.

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A ACCEDER A LA
INFORMACIÓN**

UNA CHIMPANCÉ CURIOSA

A pesar de ser una de las más pequeñas del grupo, Silvia era muy hábil usando herramientas. Cortaba las ramas delgadas para rascarse el interior de las orejas, aprendió a golpear las nueces con las piedras para comer su contenido o sabía introducir en los hormigueros las cáscaras alargadas para el postre favorito de su padre: succulentos bocados de hormigas, de esas que tanto le gustan a los chimpancés de su tropa.

Por la noche ella y todos los demás subían a los árboles y se acurrucaban muy juntitos para dormir; en las mañanas ella se levantaba a buscar frutas, hierbas dulces, flores y semillas y a ver cómo se organizaban los adultos para cazar cuando había oportunidad.

Las tardes eran su momento favorito: las horas en las que los miembros de la manada se dedicaban a escarbar en los pelos de los otros para librarlos de pulgas y piojos, para besarse unos a otros y para caminar tomados de la mano con sus simios más queridos.

Fue justamente en las tardes cuando empezó a escuchar rumores sobre los humanos, esos primos indeseables e incapaces de adaptarse al mundo a los que evitaban acercarse. Los chimpancés pequeños hablaban sobre la prohibición de ir al poblado de los monos lampiños y fantaseaban con la idea de entrar en sus casas y averiguar todo lo que ignoraban sobre sus vidas.

Silvia decidió conversar sobre los humanos con su padre, que estaba particularmente cansado después de un enfrentamiento con el clan vecino, y él no pudo responder sus dudas; su madre tampoco pudo cuando Silvia le preguntó por la forma en que estaban organizados y buscaban su comida y, sin pensarlo, le dijo lo mismo que le habían dicho cuando era chica:

“No hace falta saber gran cosa sobre los humanos para saber que son un peligro”.

Silvia habló con otros micos y obtuvo algunos datos adicionales: los humanos eran capaces de arrasar bosques enteros, lanzaban objetos a grandes distancias y cualquier animal que se les acercaba corría el riesgo de convertirse en uno de ellos. Silvia los había visto de lejos un par de veces y no entendía cómo podía ser cierto todo eso, ¡si se parecían tanto a ellos! Sonreían y emitían sonidos, las madres humanas alzaban y consentían a sus crías y hasta se daban besos, como lo hacían sus padres al atardecer.

Cansada de no encontrar respuestas y sin pensarlo demasiado hizo un plan para averiguar por su cuenta. En compañía de otros dos monos de su edad, aprovechó el desorden de una cacería matutina y emprendieron el camino hacia la aldea de los humanos. Al regreso de la cacería las tres madres corrieron angustiadas en busca de sus crías ausentes siguiendo su olfato.

Silvia y sus amigos habían trepado a un gran árbol a las afueras del poblado humano y observaron las cosas que hacían con grandes palos; veían a los hombres que removían la tierra para hacer surcos en los que metían granos de maíz; analizaron los juegos de las crías con objetos esféricos que rebotaban en el suelo; y se sorprendieron con los movimientos rítmicos de las manos de las hembras que convertían extrañas fibras en objetos como los que se ponían encima para ocultar la vergüenza que seguro sentían por no tener pelos.

Era tan fascinante lo que estaban viendo que se fueron olvidando del peligro y siguieron conversando. Sus voces llamaron la atención de los humanos más pequeños, que se acercaron a la base del árbol y alcanzaron a verlos. Asustados, Silvia y sus amigos subieron a las ramas altas esperando a que se cansaran de mirar hacia arriba, pero los niños trataban de treparse al árbol y lanzaban piedritas. Silvia y sus amigos gritaron por el pavor y así fue como las hembras de la tropa de chimpancés supieron en dónde estaban.

La madre de Silvia, desesperada, propuso atacar de inmediato, pero sus dos compañeras la detuvieron: era mejor esperar un momento más adecuado, todavía no sabían dónde estaban los humanos más grandes. Sólo estaba a la vista una anciana que tomaba el sol en una mecedora, una abuela que se despertó con el ruido y se interesó por el agite de los niños. Ella caminó lentamente hacia el árbol y levantó la cabeza para buscar el motivo de tanto escándalo. Los ojos de Silvia hicieron contacto con los de ese humano de pelos blancos y sintió un escalofrío. La mujer entendió lo que estaba pasando y le sonrió compasivamente. Silvia conocía ese gesto, por eso le correspondió con su sonrisa de simio.

En ese momento las mamás chimpancés, que miraban de lejos, quedaron tiesas de miedo. Con la paciencia que tienen los de su edad, la anciana explicó a los niños los motivos por los que debían dejar que aquellas criaturas regresaran al bosque, era algo que había aprendido cuando uno de esos monos quedó huérfano por culpa de los aldeanos y una mujer lo adoptó. El pequeño simio creció entre ellos, corría y saltaba con los niños y aprendió cosas asombrosas, sólo le faltaba hablar. Pero en las tardes se sentaba a mirar hacia el bosque y le salían algunas lágrimas. Por eso intentaron devolverlo al bosque, pero él siempre regresaba y se quedó con ellos. Fue así como supieron que los chimpancés son tremendamente parecidos a los humanos y merecen vivir con sus familiares.

Los niños se conmovieron con la historia, miraron hacia arriba, se despidieron de Silvia y de sus amigos y aceptaron alejarse del árbol. La mujer los invitó a sentarse a una buena distancia para verlos bajar. Los niños aplaudieron cuando lo hicieron y los miraron cuando corrieron hasta que se perdieron en el bosque.

Desde entonces la madre de Silvia siempre tiene tiempo, ánimo y disposición para escuchar sus preguntas y, si es necesario, busca a otros miembros del clan para encontrar las respuestas que le ayuden a su hija a comprender el mundo y tomar decisiones correctas. También le recuerda que no todos los humanos son temibles y que no todo es tan cierto en la historia oficial que cuentan los líderes de la tropa.

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“La actividad de lectura en voz alta del cuento basado en los derechos de los niños fue encantadora para los pequeños porque les permitió imaginar el cuento y por medio de las preguntas que se hicieron comprendieron mejor la historia. Además, es la manera ideal de animar a los más chicos a la lectura, a soñar nuevos mundos y aprender sobre sus derechos con la enseñanza que deja cada cuento.

La parte del dibujo que hicieron los niños sobre la lectura les permite demostrar su comprensión del cuento, su motricidad fina y su autoestima al saber que sus obras serán expuestas.



Los niños de cero a cinco años de la sede Frailejonal hasta ahora se acercan a la biblioteca y normalmente aquí se hace lectura de libro álbumes, que llevan más imagen que texto. De manera que con #CuentosDerechos fue la primera vez que se acercaron a la literatura únicamente desde el texto. En la hora del cuento y lectura en pañales mostramos más imagen y el texto es corto, por eso en algunos momentos se pierde la atención.

La problemática acá es el clima y la distancia, los que participaron fueron alrededor de diez niños con sus mamás, vinieron de las veredas cercanas cuya distancia más corta es de al menos 15 minutos caminando”.

Ingrid Ardila, bibliotecaria
Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede Frailejonal



**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO •**



**A QUE SE RESPETE
SU CULTURA**

¡QUÉ CALOR HACE EN LA ANTÁRTIDA!



Leonardo llegó con su mejor sombrero y una bufanda. Movía sus tentáculos coloridos y trataba de ocultar su acento el primer día del nuevo año de clases. Recorrió silencioso el camino de entrada y sintió cómo los ojos de todos los demás animales marinos monitoreaban su avance hacia el salón del colegio. Su madre tuvo que inscribirlo allí porque a su padre, célebre odontólogo, conocido en todo el mundo por sanar las dolencias dentales de cachalotes, delfines, ballenas y tiburones, había encontrado el trabajo de sus sueños en la Antártida, al sur del planeta, un verdadero paraíso al que pocos animales pueden aspirar: con exclusivos condominios de pocos habitantes y hermosas vistas de paisajes submarinos; prácticamente libre de la molesta presencia de humanos y otros depredadores, de esos que caminan por la tierra y sumergen objetos y patas en las aguas del océano para pescar incautos animales acuáticos.

Cuando le ofrecieron el trabajo, el papá de Leonardo no dudó en aceptar; aunque su esposa tuvo dudas: toda la vida habían vivido en aguas cálidas, rodeados de crustáceos, peces y corales que, como ellos, estaban acostumbrados a hacer todo juntos (y es bien sabido entre los peces de todo el mundo que los habitantes de la Antártida son fríos como las aguas que los rodean, tiosos e impenetrables como el hielo, animales solitarios).

Lo cierto es que Leonardo estaba sentado en su nuevo salón porque pesó más la idea de tener un futuro mejor y de ser parte de los privilegiados. El mismo color naranja de su cabeza y sus brazos que lo avergonzaba en la otra escuela, porque no era un rojo contundente y encendido, ahora resaltaba entre sus compañeros grises, negros y transparentes. Y la verdad es que no se podía culpar a nadie por mirarlo tanto.

Lo que sí estuvo mal fue la carcajada que estalló en el salón cuando respondió a las preguntas de la maestra. Leonardo arrastraba las eses, como todos los de las aguas en que nació; cantaba un poco al hablar y usaba palabras que nadie en su clase comprendía. La maestra, una ballena yubarta muy estricta, le ordenó a los demás guardar silencio y le pidió a Leonardo que les contara de dónde venía. Muy apenado, él intentó describir los corales, habló de peces de colores que los demás no conocían y de cálidas corrientes que ninguno de ellos alcanzaba a imaginarse. Al terminar la clase tuvo que responder muchas preguntas en el recreo; realmente había despertado la curiosidad de sus nuevos compañeros y no pudo evitar sentirse incómodo cuando algunos se rieron de sus historias, se burlaron de los peces de aguas calientes y se alejaron haciendo gestos.

La yubarta notó que Leonardo estaba triste al final del día y, como era una ballena sabia que también era muy recorrida, le contó que ella misma había visitado en su juventud esas regiones marinas; allí habían nacido sus cuatro hijos y sabía perfectamente lo difícil que podría resultar para Leonardo convivir con los pulpos, peces y cetáceos de esta parte del mundo. Le explicó que todos nos confundimos cuando vemos por primera vez personas que no conocemos y le pidió un poco de fortaleza y paciencia.

En la tarde la ballena esculcó en sus álbumes de fotos y encontró viejos recortes de periódico y rescató un par de grabaciones que ella, gran aficionada al canto, hizo en las aguas tropicales cuando las visitó por primera vez.

Leonardo, por su parte, tosió y se quejó todo lo que pudo para no ir al colegio el segundo día de clases y solo hasta el tercer día pudo disfrutar de lo que la yubarta planeó para él y sus compañeros: un experimento para que se pusieran en los zapatos de Leonardo; lo que sirvió para que todos conocieran colores fulgurantes, escucharan sonidos increíbles y para que los tres peces que se habían burlado de Leonardo le pidieran en el recreo que les diera clases secretas de baile.

Un experimento que repitieron porque los niños lo pidieron tanto que muchos cefalópodos y ballenatos de aguas frías aprendieron a hablar, bailar, vestirse, comer y cantar como lo hacen sus primos de aguas calientes.

¡Nunca antes se vieron en la Antártida animales más felices!

- FIN -

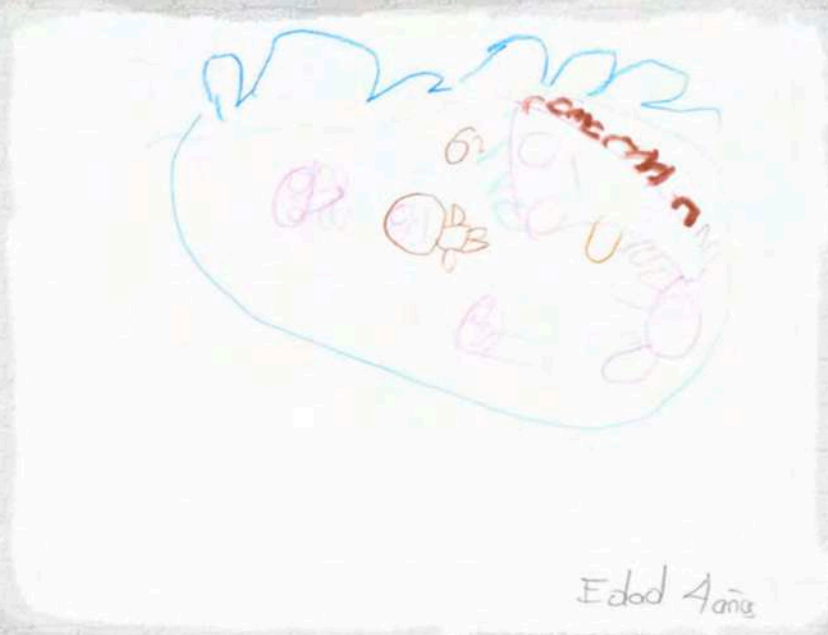
EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“Maguaré nos visitó con esta actividad en la que los niños escuchaban atentamente la lectura en voz alta, que es muy importante en la vida cotidiana de ellos, mientras se imaginaban los personajes para luego recrearlos en el papel.

La actividad ayudó a que los niños estuvieran atentos y algunos de ellos dieron su punto de vista sobre las situaciones de los personajes, especialmente del pulpo y la ballena.

Los #CuentosDerechos que propuso MaguaRED son historias protagonizadas por animales y a los niños les encanta. Mientras promueven la imaginación hablan de sus derechos y con ellos aprenden sobre los derechos de los demás niños.



Dibujos de los niños y niñas en la Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede Márquez, del municipio de La Calera.

Los chicos entendieron el cuento e hicieron sus dibujos y dieron sus explicaciones; quedaron muy contentos.

La actividad puede seguir replicándose porque ya está el insumo y podemos utilizar otras estrategias como canciones o títeres”.

**Noris Ortíz, bibliotecaria
Biblioteca Amadeo Rodríguez, sede Márquez, del municipio de La Calera.**



**Dibujos de los niños y niñas en la Biblioteca Amadeo Rodríguez,
sede Márquez, del municipio de La Calera.**



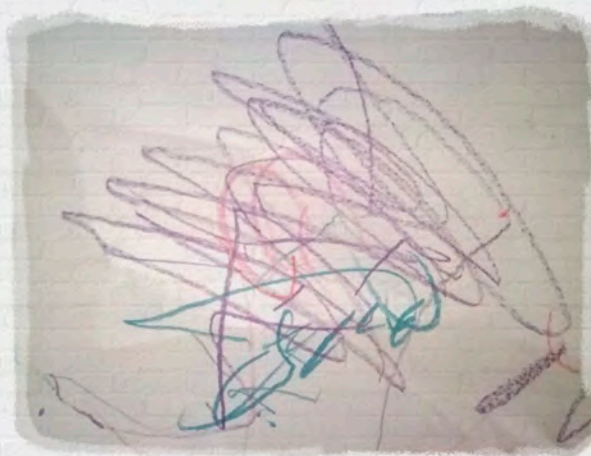
Dibujos de los niños y niñas en la Biblioteca Amadeo Rodríguez,
sede Márquez, del municipio de La Calera.

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



— A LA SALUD —

A ANASTASIA LE DUELE LA BARRIGUITA



Anastasia siempre estuvo segura y protegida por sus hermanas; ellas la envolvían con sus cuidados y consejos. Jamás se debilitaron sus colores –como sí ocurrió con el rojo intenso de Karina, la mayor de sus hermanas, que se convirtió en un rosa pálido cuando las dejaron mucho tiempo junto a una ventana. Tampoco supo lo que significaba sufrir una fractura –como le ocurrió a Alina, la tercera, que se rompió en las manos de un niño pequeño que vino de visita y las forzó tratando de encajar sus piezas. Mucho menos sabía qué era eso de extraviar la cabeza –como la perdió Larisa, la hermana que le sigue, cuando el gato la empujó de la mesa y cayó estrepitosamente sobre el piso de cerámica.

Anastasia era la más pequeña de las muñecas de madera que se contenían unas a otras y adornaban una superpoblada biblioteca. Ella era el tesoro de su familia, precisamente por ser la más chiquita. Su vida había sido muy feliz y, la verdad, nunca había sentido nada parecido a esa especie de dolor que había empezado a crecerle en la barriga desde hacía algunos días y que no sabía explicar.

Sus hermanas escuchaban sus quejas y no lograban entender qué le pasaba. Les hubiera gustado que alguien les ayudara y que sus males quedaran expuesta a la luz y pudieran ver qué le pasaba, pero su dueño había dejado de contemplarlas hacía meses, cuando estrenó el teléfono móvil que se había negado a comprar durante años y al que ahora dedicaba buena parte de su vida.

Pasaban las horas y Anastasia seguía quejándose. Sus hermanas, preocupadas, decidieron hacer lo único que podían: intentar llamar la atención de ese hombre que se ocupó de enviar a Karina al taller de ebanistería en donde le devolvieron el brillo a su pintura exterior cuando la encontró desteñida; el mismo que contuvo su ira cuando vio la grieta en la panza de Alina, la tercera de sus amadas matrioskas, y se la quitó

cortésmente al niño que la lastimó y él la reparó con un poderoso pegante para madera antes de instalarlas en el lugar que ahora ocupaban en lo alto de la biblioteca. Todo un señor que envió a consulta con un experto carpintero a Larisa para devolverle la cabeza y la cordura a sus hermanas, en resumidas cuentas: el único que podía garantizarle a Anastasia la atención que requería.

Aunque dos de ellas no estuvieron de acuerdo, después de votar para poner en marcha su plan, se inclinaron como pudieron de un lado a otro. Corrían el riesgo de romperse si fallaban al caer del anaquel, tenían que ser muy precisas y apostarle al aterrizaje en el sofá, para evitar estrellarse contra el suelo. La vibración atrajo la atención del gato, que facilitó las cosas cuando saltó hasta el cuarto nivel de la biblioteca buscando el origen de ese molesto sonido que sólo él podía escuchar.

Anastasia y sus hermanas volaron por los aires cuando el gato las empujó con su pata delantera, llamando la atención de su dueño que alcanzó a verlas caer y a soltar su teléfono para atraparlas con sus manos que tantas veces las habían acariciado. El hombre regañó al gato como correspondía, dejó su teléfono a un lado y, recordando cuánto le gustaban sus muñecas, abrió uno a uno sus cuerpos, puso las mitades sobre la mesa y observó con cariño a cada muñeca hasta llegar a Anastasia y encontrar un pequeño agujero en su base.

No era posible que él, queriéndolas como las quería, no se hubiera dado cuenta de lo que pasaba. Tomó su celular, llamó al especialista y Anastasia recibió los cuidados que merecía. Esa fue la última vez que en su familia se supo de gorgojos, esos detestables parásitos. Y el dueño de las matrioskas más consentidas de la tierra las lleva periódicamente al ebanista, para hacerles saber siempre lo mucho que las quiere y les desea una larga vida.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“¡Excelente actividad!

Personalmente fue nuestra primera vez realizando dos actividades al tiempo y me di cuenta –como mamá primeriza– que ella puede realizar hasta tres o cuatro. Si bien no sabe dibujar o hablar, ella siguió el hilo de la historia y como buena parlanchina respondía a lo que le contaba y a su vez dibujaba o comía crayolas. En este punto siempre me ha gustado dejarla ser y, aunque se rayó hasta las medias, disfrutamos este lindo cuento y su mensaje tan importante, porque creemos que sentirse bien debe ser por dentro y por fuera. Creo que lo único que no nos gustó (a mí, jajaja) fue cuando ya no era el papel el lienzo; por ello recomiendo a todos los papitos, brazos y piernas libres de ropa, un tapete o superficie que si rayan este bien y sea de fácil limpieza. Aquí les muestro su obra maestra que ya reposa en nuestro estudio”.

Diana Carolina Cardozo, mamá de Valerie Ávila Cardozo (2).

MULTIMEDIA, Para abrir clic derecho en el link y clic en "Abrir vínculo en la pestaña nueva":
<https://www.facebook.com/maguared/videos/2023247407944539/>



Dibujos de Valerie

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



**A LA ATENCIÓN ESPECIAL
— EN DISCAPACIDAD —**

UNA TROMPITA ESPECIAL

Enrique se tardó un par de meses más de lo esperado en caminar, sin embargo a nadie en la manada le causó demasiada preocupación. Sabían desde siempre que todo iba a ser distinto con él. Enrique aterrizó en este mundo con una de sus patas delanteras más larga que las demás y la trompa visiblemente corta.

Cuatro meses después la matriarca de la manada y la madre de Enrique tuvieron una charla muy seria cuando notaron que, aunque ya era el momento adecuado, no salían sonidos coherentes de su boca y se aproximaba el momento de dejar la leche materna y empezar a comer hojas, frutos y cortezas de árboles. La verdad es que Enrique era un elefantito amoroso que se llevaba muy bien con las otras crías, pero tenía momentos duros, de rabietas incontrolables que ninguno era capaz de explicar. También tenía momentos en que resultaba imposible que participara de las actividades grupales, como los baños de arena que tanto disfrutaban los demás.

Todas las hembras de la manada estuvieron de acuerdo cuando su líder les comunicó que iban a comenzar más temprano su marcha anual. El ritmo extraño de los pasos de Enrique los iba a obligar a tardar más de lo habitual en llegar a su destino: los grandes depósitos de agua, a 57 kilómetros de distancia, al otro lado de la sabana. Y aunque a algunos machos jóvenes no les gustó tanto la noticia, los 20 elefantes de este grupo se dispusieron a sacarle ventaja a la sequía y emprendieron el camino que varias generaciones de los suyos habían recorrido cada año.

Enrique caminaba despacio y se distraía con facilidad. Entender lo que quería era una tarea difícil que su madre tuvo que aprender sobre la marcha y que se complicaba en medio del camino, cuando las leonas, las hienas o los humanos rondaban la manada.

Y, aunque Enrique tenía algunas dificultades y no había aprendido a barritar correctamente, todos sabían que era importante empezar a enseñarle las tareas que le permitirían sobrevivir en su vida adulta, por eso se tomaban el tiempo necesario para mostrarle cómo identificar los olores del peligro en la sabana, a estirar su trompa cortita para alcanzar las ramas bajas de los árboles, a usarla con cuidado para acariciar a su mamá y a sus amigos y, por supuesto, para jugar con los otros elefantitos sin lastimarlos con su increíble fuerza.

Un elefante pequeño que camina muy despacio y que expresa lo que siente de una manera distinta a todos los demás es presa fácil y los depredadores saben detectar las debilidades de otros animales, por eso fue necesario que

este grupo de elefantes se organizara para llevar a Enrique caminando en el centro de la manada, aunque las crías de su edad preguntaran constantemente el por qué de la preferencia y hasta lloraran cuando no los dejaban ocupar ese sitio tan especial entre sus parientes.

La vieja elefanta que los lideraba sabía muy bien que Enrique merecía esos y todos los cuidados que fueran necesarios –si de algo estaba orgullosa era de no haber abandonado nunca a uno de los suyos en medio de estas largas caminatas en todos los años que llevaba al frente del grupo y así lo explicaba cuando se detenían por las noches a descansar.

Caminaron durante muchos días y vieron pasar a otras manadas a mayor velocidad, pero ninguno de los elefantes de la familia de Enrique pretendió acelerar el paso y todos se detuvieron cuando hizo falta para que su mamá y las otras elefantas lograran calmarlo cuando enfurecía sin una razón clara, para separarlo de otras crías cuando no lograba controlar la fuerza de su trompa o para seguirlo entre los arbustos y enseñarle a seguir las reglas de la manada cuando Enrique se desviaba sin control concentrado en seguir pequeños insectos que llamaban irremediablemente su atención o en busca del origen de olores que solo él percibía.

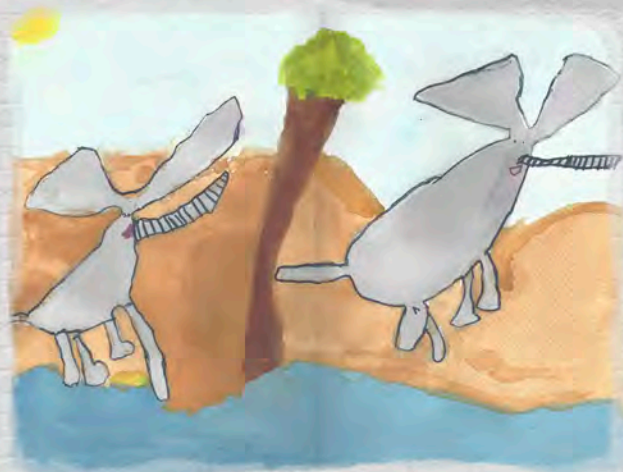
Nadie pretendía que hablara igual que los demás o que caminara más rápido y la manada entera llegó dos semanas después que todas las demás a los depósitos de agua, con Enrique dando pequeños saltos, gruñendo en su peculiar estilo y encabezando el desfile de una familia que tenía bien clara la importancia de comprender la diferencia y de atender con amor las necesidades de todos y cada uno sus miembros.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1

“El cuento que leímos es el de la manada de elefantes que hace una migración a un lugar con agua y alimento, en la que hay un pequeño elefante que tiene características de discapacidad física y de comportamiento.



Pintura de Luciana Urrutia Rodríguez, 5 años.

Al comienzo en la actividad le contamos a Luciana que íbamos hacer la lectura del cuento y que ella haría un dibujo a partir del relato. Sin embargo, casi inmediatamente nos dimos cuenta que era mejor escuchar con atención el cuento. Con ello logramos que Luciana definiera qué quería pintar una vez conociera la historia y no empezar a hacer dibujos o trazos sin saber si después cambiaría su decisión en torno a qué plasmar en el papel.

Consideramos que es un acierto abordar de esta manera el tema de los derechos de los niños. El cuento nos pareció muy interesante, si bien es un poco más complejo que los cuentos que estamos acostumbrados a leer con Luciana. El hecho de ser un relato inédito tiene como ventaja que exige su atención total para entender el hilo de la narración, y de una reflexión para que sea claro cuál es el mensaje que busca transmitir; en este caso en particular relacionado con los cuidados particulares que debe tener una familia y una sociedad en defensa de los más vulnerables.

Tres la lectura de segunda vez fue necesario que nosotros como padres hiciéramos preguntas encaminadas a que Luciana identificara la esencia del derecho expresado en el cuento, en este caso relacionado con la diferencia y la inclusión. El ejercicio es exigente en la medida que las moralejas y objetivos de los cuentos tradicionales suelen ser más sencillos o claros de identificar; ello tiene como ventaja que fomenta el diálogo entre el niño y sus cuidadores, en la medida que el tema se aborda con profundidad en la búsqueda de la comprensión completa del cuento y su objetivo.

A Luciana le gustó el cuento. El hecho de que sea una fábula, que sean animales los protagonistas, le generó una cercanía grande: a ella, como a muchos niños, le gusta y está acostumbrada a que hayan animales en los cuentos y en las películas. Es un acierto que se trabaje de esta manera, la historia terminó siendo mejor aprehendida. A Luciana también le gustó dibujar sobre un lienzo en blanco la esencia del cuento; aunque a ella le gusta el dibujo está acostumbrada a plasmar personajes, más que situaciones, y no habíamos realizado un ejercicio de este tipo, de hacer un dibujo a partir de una historia.

La gran mayoría de los cuentos que hemos tenido con Luciana tienen ilustraciones que apoyan el relato verbal. Ella está acostumbrada a ver esas imágenes como complemento fundamental en el seguimiento de las historias –estamos en el proceso de leer contenidos que no tengan dibujos. El hecho de que este cuento no tenga ilustración supuso un reto particular, al exigir su imaginación. Es muy interesante que su interpretación del cuento es en este caso la generación de una imagen que será vista por otros niños; así, su rol tradicional de escucha y de empezar a leer cuentos por sí misma se amplía, al ser ella la ilustradora que genera una imagen que complementará la lectura de este cuento.

Como familia nos tomamos en serio el ejercicio planteado. De hacer el dibujo en lápiz y colores decidimos pasar a lápiz y acuarelas, en la medida en que el dibujo podría resultar más bonito y con más impacto en su publicación. Sin embargo, decidimos contarle a Luciana solo después de haberlo terminado que su dibujo sería visto por otros niños en virtud de que no queríamos que eso incidiera en su ejercicio. Como padres participamos en algunas decisiones: el tamaño del papel, el uso de acuarelas y que al final hiciera un repaso en el dibujo para enfatizar con marcador negro ciertos rasgos de los protagonistas, pero las decisiones sobre qué dibujar y cómo hacerlo fueron completamente de Luciana.

Queremos ver el resultado final y sin duda el compendio de los cuentos y los dibujos realizados por los otros niños. Queremos disfrutar y analizar las decisiones que tomaron los otros niños a partir de cada cuento. Nos complace haber hecho parte de este proceso y nos preguntamos cuál será la recepción de Luciana para con el resultado final, de su labor y la de todos los niños. Finalmente, será muy interesante charlar a profundidad sobre los derechos de los niños, y nos proponemos hacerlo en al menos dos momentos: una vez se publique y unos meses más adelante, para ver qué tan claro es el tema en un futuro cercano y más adelante. Entonces podremos evaluar la fuerza del proceso”.

Luis Carlos Urrutia Parra y Claudia Patricia Rodríguez Gil, padres de Luciana (5)

EXPERIENCIA 2



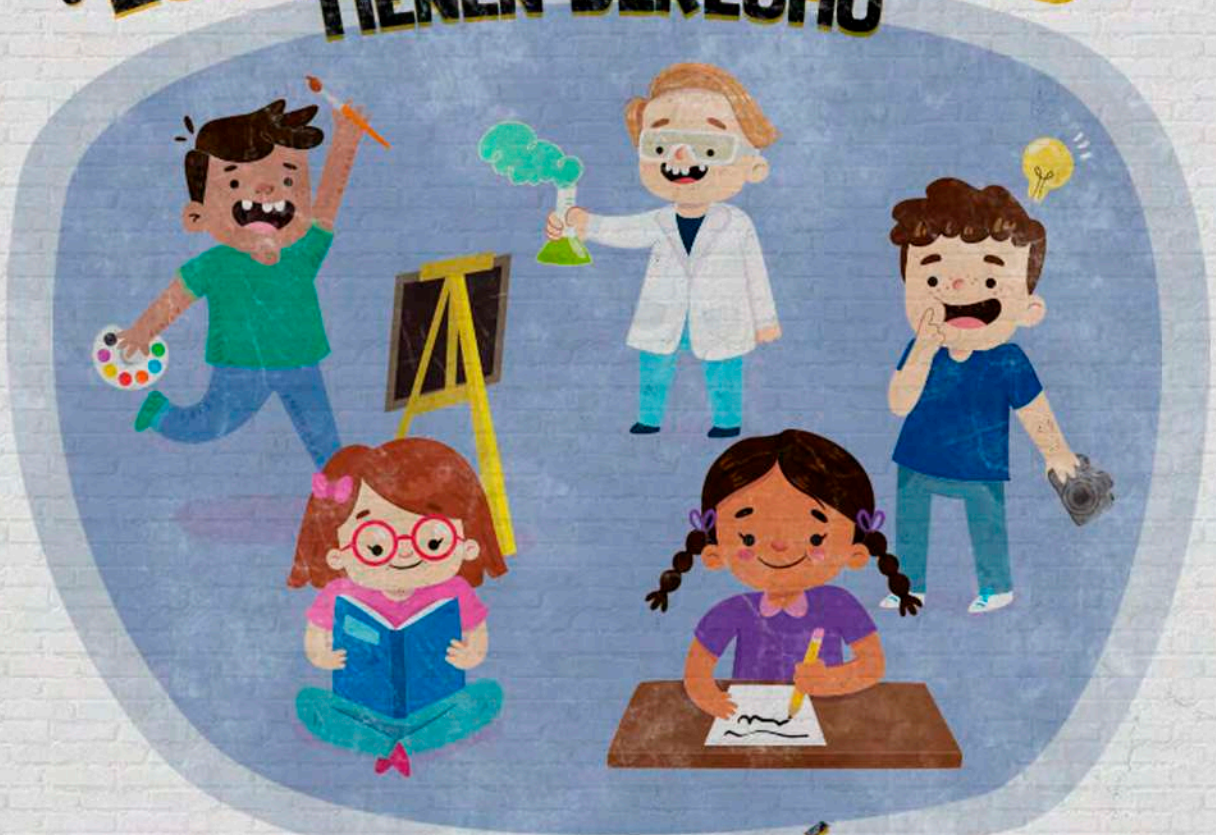
Alejandro Parada Moreno, 5 años.

“Se me ocurrió volver un poco más vivencial la historia, por lo que conté el cuento a Alejandro agregándole diálogos a los personajes y detalles de las situaciones que podían ayudarle a imaginar nuevos detalles.

Alejandro no quiso pintar mucho, dijo: "Yo no sé hacer elefantes", pero le fluyó de inmediato hacer el Gran Lago y de hecho hizo de este dos versiones: una escarchada y otra con marcador”.

Katerine Moreno, mamá de Alejandro (5)

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



— A LA EDUCACIÓN —

UNA ARAÑA BRILLANTE

Ágata jugaba sola en medio de un pastizal que resultaba tan grande como cuatro canchas de fútbol para alguien de su tamaño. Haciendo grandes esfuerzos empujaba hacia los lados las hojitas que se atravesaban en su camino y experimentaba con esa sustancia viscosa y prodigiosa que seguía saliendo de su abdomen, la misma con la que sus parientes tejían una y otra vez las telas que habían aprendido a hacer viendo a otras arañas trabajar.

Ágata había recibido muchos regaños en su corta vida porque se divertía enredando hilos entre el pasto o las ramas bajas de las plantas y comprobando su flexibilidad con una de sus ocho patas, estirándolas hasta sentir que reventaban o colgándoles piedritas de diferentes tamaños para confirmar cuánto peso soportaban.

Ella se movía sola por el mundo, como todas las arañas, pero a diferencia de la mayoría de las primas y amigas de su edad, se aburría haciendo la misma tela una y otra vez. Las arañas mayores de ese pastizal, que estaban convencidas de que en el mundo solo existía su forma particular de hacer telarañas, la miraban con recelo y alguna se atrevió a pronosticarle una vida llena de dificultades por ser tan curiosa y no controlar esa absurda necesidad de salirse de lo común.

Las arañas de este pastizal habían hecho toda su vida sus telas en forma circular, en posición vertical, con muchos hilos que parten del centro atravesados por otros que se encargan de darles soporte, pero Ágata sospechaba que había otras maneras de crearlas y aunque pasaba buena parte de sus días experimentando, no había logrado crear una que fuera siquiera la mitad de resistente comparada con las de sus tías y abuelas.

Un buen día, cuando fue en busca de uno de sus antiguos experimentos para analizar en qué había fallado, se encontró con una araña diferente de todas las que había visto. Aterrada y furiosa quiso abalanzarse sobre ella para defender su territorio. Pero se contuvo cuando vio que esa otra araña, bastante mayor que ella, estiraba con una de sus patas los hilos de su experimento y lanzaba piedritas hacia su centro. Ágata avanzó, haciendo ruido con sus patas para dejar claro que ahí estaba. La intrusa giró su cabeza y le preguntó si sabía quién había creado esta interesante tela. Un poco apenada, Ágata reconoció un poco apenada que gastó un par de días tejiéndola.

Entonces esta araña, venida de lejos, se entusiasmó, caminó rápidamente hacia Ágata y le hizo un par de preguntas sobre la seda de los arácnidos. Ágata estaba fascinada, hasta entonces nadie le había dicho siquiera cuál era el nombre de esto que a ella le parecía increíble que saliera de su panza; había vivido toda su corta vida convencida de que las arañas de esta pradera eran las únicas que existían.

Su nueva amiga le habló durante horas sobre esa gran familia de miles de especies de seres de ocho patas y cuando ella le pidió que le enseñara un poco de lo que sabía, la araña venida de lejos se mostró complacida.

A su lado aprendió que las telarañas pueden forrar madrigueras, que se pueden tejer en zig-zag, en espiral o del centro hacia afuera, que pueden tener forma de embudo o de hoja, que se pueden estirar muchísimo antes de romperse y que la seda que producen todos sus parientes es uno de los materiales más resistentes de la tierra.

Ágata aprendió de su maestra a usar su propio cuerpo para tomar medidas antes de construir sus telas, a caminar sobre sus creaciones a medida que las iba tejiendo y a combinar hilos pegajosos con otros que no lo son tanto para capturar mejor a sus presas.

Ágata mejoró el diseño tradicional de las telas de sus parientes gracias a todo lo que aprendió: las hizo más resistentes, eficientes y poderosas. Cuando las viejas arañas de su pradera comprobaron con sus ocho ojos que los estudios y experimentos de Ágata habían valido la pena adoptaron sus técnicas y desde entonces todas disfrutaban de más tiempo libre y mejor comida en un pastizal en el que todas las arañas pueden estudiar, experimentar y aprender cosas nuevas cuando quieran.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1



Dibujo de Luciana, 2 años



Dibujo de Mariana, 5 años

“Fue una experiencia muy bonita con mis dos hijas. Con Mariana fue más fácil ya que ella lo había experimentado en su jardín y estaba muy contenta; se emocionó, siguió el hilo, hizo varias preguntas como cuántas patas tenía la araña. Todas lo disfrutamos mucho.

Con Luciana la experiencia fue diferente, ¡ella solo quería dibujar y dibujar! Pero aún así supo los nombres principales de los personajes del cuento y plasmó su obra maestra.

Mi intención inicial era llevarlas al jardín para que hicieran los dibujos allí... tenía la idea de que los niños se emocionan mucho cuando salen de su zona habitual para realizar una nueva actividad, pero lastimosamente el clima no me ayudó. Sin embargo, dejo esta idea e invito a los papitos que lo hagan, los niños lo disfrutaron mucho.

Gracias Maguared y Maguaré por este tipo actividades”.

Karen Salas Cabarcas, mamá de Mariana (5) y Luciana (2).

EXPERIENCIA 2



Federico Jiménez, 8 años

"Estábamos en una casa en Girardot y esos chinos son un hit, entonces se pusieron súper pilas y dejaron de nadar en la piscina porque les pareció muy buena la idea de tener un regalillo sorpresa y compartir su experiencia y lectura con otros niños."

Buscamos materiales distintos para crear y quisieron usar piedras y algunos condimentos de la cocina para darles color y vivieron el cuento. Se dieron cuenta de que se pueden hacer las cosas de manera distinta y que esas formas distintas pueden detonar cosas muy bonitas".

Camilo Hernán Pinzón Martínez, cuidador de Nicolás (6), Santiago (5), Marc (7) y Federico (8)

MULTIMEDIA, Para abrir clic derecho en el link y clic en "Abrir vínculo en la pestaña nueva":
<https://soundcloud.com/maguared/experiencia-cuentosderechos-mezcla>



Marc Jiménez, 7 años



Nicolás Torres, 6 años



Santiago Torres, 5 años

**• LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS.
TIENEN DERECHO**



— AL JUEGO Y EL ARTE —

MANOLO

Manolo fue el único sobreviviente de la docena de huevos que su madre puso en esa isla. Era un niño como todos y, aunque lo hacía despacio, disfrutaba de caminar entre los charcos, acelerar el paso en las pendientes, empujar piedras y verlas rodar mientras los demás comían y se acostaban a tomar el sol para calentarse.

Un día empezó a vivir su vida en medio de una colonia compuesta por unas 12 tortugas de gran tamaño y costumbres tan antiguas como sus pesados cuerpos. Pertenecía a una especie que es conocida en el mundo entero porque algunos de sus parientes llegaron a vivir más de 150 años y hasta se rumora que uno de sus tatarabuelos creció tanto que medía casi dos metros. Manolo estaba orgulloso de ser una de estas tortugas, de su hermoso caparazón marrón, de sus anchas patas negras cubiertas de escamas y de todo lo que había aprendido a hacer con su largo cuello, que tanto le había servido para probar todo tipo de plantas.

Ser galápagos era un orgullo, claro que sí, pero ser el único niño en medio de tantas tortugas ancianas era muy aburrido. Y aunque es verdad que las tortugas se mueven muy poco y lo hacen lentamente, a Manolo no le parecía que eso fuera excusa para tener que pasarse la vida durmiendo y comiendo únicamente.

Manolo se inventaba formas para matar su aburrimiento: daba pequeños saltos sobre las hojas secas de la parte baja de la isla y disfrutaba del sonido que hacían al crujir; usaba sus gruesas patas para hundirlas en el fango, dejar huellas en la arena y contemplar los dibujos que su cuerpo dejaba en el suelo después de caminar un rato; a veces también acomodaba palitos y hojas sobre las rocas hasta dar forma a sus propias versiones a escala de las montañas. Le hubiera gustado que alguien más hiciera cosas parecidas, pero todas las tortugas que lo rodeaban habían olvidado hace mucho tiempo que a veces es posible hacer cosas por el puro placer de hacerlas, que no todo en esta vida son asuntos digestivos y que, a veces, hasta se pueden dejar cosas lindas en el mundo después de divertirse un rato.

Y lo peor no era tener que jugar solo, lo más grave era que los más viejos del grupo habían empezado a molestarse con tanto movimiento y lo habían regañado un par de veces.

Para Manolo jugar era muy importante y por eso empleaba buena parte de su tiempo tratando de meterse en troncos huecos, pequeñas cuevas y hasta había intentado agregarle a un caparazón adornos hechos con fragmentos de la basura de los humanos que visitaban la isla.

Pero ninguno de sus parientes quería acompañarlo, estaban demasiado cansados, eran demasiado rígidos, se habían acostumbrado a las normas que se

habían establecido hace siglos. Manolo descubrió que podía jugar a ser como las tortugas adultas y, a fuerza de observarlas, se hizo experto en imitar el lentísimo parpadeo del más viejo, la cojera de la más alta, la sonrisa chueca de la más plana, la cara de angustia de la más gorda y lenta de todas y se divertía muchísimo jugando a ser como cada uno de ellos mientras los demás hacían la siesta.

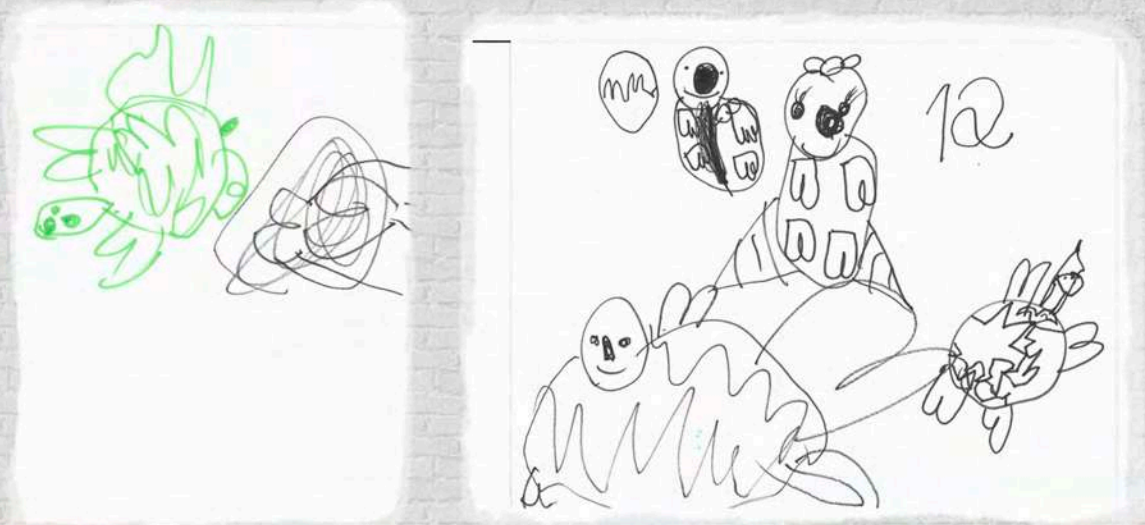
Un buen día olvidó que los demás dormían y en su esfuerzo por encontrar la forma de reproducir la voz de la más regañona de todas sus tías despertó al anciano de 85 años, que abrió su ojo muuuuy despaaaciooo, giró su cabeza para ver de dónde venía ese ruido infernal y, cuando encontró la fuente del sonido, no pudo evitar reírse al ver la perfección que había alcanzado Manolo en su imitación de la tía furiosa. Las carcajadas del viejo despertaron a los demás y aunque a su tía no le hizo mucha gracia, sí se divirtió como nunca en su vida cuando Manolo actuó como la tortuga más nerviosa y se escondió en su caparazón mientras temblaba tal como ella lo hacía cuando escuchaba pasos o graznidos.

Esas doce tortugas disfrutaron una tarde fabulosa en la que les quedó bien claro cómo las veía Manolo; desde entonces los juegos y ocurrencias de él y todas las crías que le sucedieron fueron muy bienvenidas y llenaron de alegría sus vidas.

- FIN -

EXPERIENCIAS...

EXPERIENCIA 1



Dibujos de Rebeca Bernal Pérez, 6 años

“Normalmente habíamos hablado sobre temas complejos usando imágenes para que Rebeca contara historias sobre lo que veía. El ejercicio de dibujar a partir de lo que escucha no es tan común para ella y es muy interesante que haya dibujado, por ejemplo, el huevo del que salió Manolo, que haya escrito el número 12, que después lo haya pintado grande y como visto desde arriba. También me gustó mucho que haya usado una hoja entera de papel para dibujar a la tortuga de dos metros (que fue un personaje que la sorprendió mucho) y, por otra parte, Rebeca se alegró de saber que los mayores del grupo supieran aceptar a los niños cuando juegan, sobre todo porque le pareció que era muy difícil ser un niño entre tantos viejos y opinó que a todos los niños les deben permitir jugar, hacer cosas con palitos, piedras, agua, arena y hojas secas y que lo mejor es cuando los grandes los acompañan y se nota que les gusta jugar con ellos”.

Diana Pérez, mamá de Rebeca Bernal Pérez (6).

CUENTOS DERECHOS



GOBIERNO
DE COLOMBIA



MINCULTURA